



Ecos de la Historia

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana

El Instituto de Historia Argentina y Americana depende de la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Católica Argentina y fue creado en septiembre de 1996.

Director
Dr. Miguel Ángel De Marco

Editor
Prof. Alejandro Palacios

Colaboradores del Boletín
Lic. María Victoria Carsen
Secretaría del Departamento de Hist.
Mg. María Fernanda de la Rosa.
Dra. Paola Ramundo
Dir. Del Programa de Arqueología
Prof. María Sol Rubio García
Secretaría de la Revista Temas

Dirección:
Av. Alicia Moreau de Justo 1500 P.B.
C1107AFD Buenos Aires Argentina
Tel: (54-11) 4349-0200

Contactos
boletin_ecos@uca.edu.ar
www.uca.edu.ar/ecos

Contenido	Pág.
EDITORIAL	1
ARTÍCULOS	2
ENTREVISTA	16
DOCUMENTOS FOTOGRAFICOS	19
ARQUEOLOGÍA AMERICANA	22
RESEÑAS	24
AGENDA	28

Año II N° 6 - Octubre-Diciembre de 2010

ISSN 1852-5474

LA IGLESIA ARGENTINA EN EL SIGLO XX

Por Miguel Ángel De Marco

Este número de *Ecos de la Historia* tiene como eje temático la historia de la Iglesia argentina contemporánea. De tal modo, sus páginas se abren a las actividades del más joven, pero no menos pujante, de los Programas del Instituto de Historia Argentina y Americana, que aparte de las reuniones de trabajo de sus investigadores realizó recientemente, con todo éxito, unas jornadas de carácter internacional.

La Universidad Católica Argentina estimula especialmente los esfuerzos en esa área y promueve la labor conjunta de sus investigadores y profesores de teología e historia, con el fin analizar el rico y vasto panorama que la disciplina ofrece.

En efecto, el pasado remoto y reciente de la Iglesia en la Argentina debe ser contemplado desde distintos puntos de vista, puesto que el devenir del país ella ha desarrollado y cumple un papel importante que supera lo institucional y social para imbricarse en lo más profundo de la dimensión espiritual y religiosa de la ciudadanía. Desde ese punto de vista, si bien en este número de *Ecos* se expresan aspectos externos de esa presencia, otras investigaciones y tesis en el Departamento de Historia de la UCA, contemplan la gravitación de la fe en una parte sustantiva de la población, los logros pastorales, las manifestaciones del pensamiento de eminentes eclesiásticos a través de la historia y otras cuestiones no menos importantes.

A medida que esos aportes sean discutidos y evaluados en el seno del Programa, estarán presentes en la revista *Temas de Historia Argentina y Americana* y en este mismo boletín digital.

Por otra parte, como se ha expresado más arriba, es digno de ser destacado el éxito de las II Jornadas "Catolicismo y sociedad de masas en la

Argentina del siglo XX", que contaron con la participación de estudiosos provenientes de un amplio abanico de universidades del país, tanto públicas como privadas, católicas o laicas. Durante las deliberaciones tuvieron lugar enriquecedores diálogos que pusieron en evidencia el renovado interés que la historia de la Iglesia adquiere en plurales ámbitos historiográficos.

Se publican en este Boletín algunos trabajos novedosos, como el de la directora del Programa, doctora Miranda Lida, sobre "Catolicismo y peronismo: la zona gris", y los de las licenciadas Natalia Arce y Mercedes Amuchástegui, acerca de "Prensa y cultura de movilización de masas en el Congreso Eucarístico Internacional de 1934" y "La Pastoral popular en perspectiva", respectivamente. Además se publica un valioso dossier de documentos fotográficos sobre aquel significativo encuentro.

En la sección reportajes, la Dra. Miranda Lida y el profesor Alejandro Palacios entrevistan al destacado historiador Luis Alberto Romero, quien da sus opiniones que ofrece un análisis sugerente acerca de la práctica historiográfica actual en este campo de conocimiento.

El presente boletín, da cuenta, además, de las actividades cumplidas por el Programa de Arqueología del Instituto de Historia Argentina y Americana en el Pukará de la Cueva, con la dirección de la doctora Paola Ramundo. Al entregar este nuevo número de *Ecos de la Historia* manifestamos nuestro anhelo de ser un vehículo de noticias e ideas que acerque a los investigadores y estudiosos a las novedades del Instituto, a sus proyectos y a sus realizaciones.



Cardenal Eugenio Pacelli en ocasión de la proce-sión de clausura del Congreso Eucarístico Inter-nacional de Buenos Aires, 12 de octubre de 1934. FUENTE: AGN, Dpto. Doc. Fotogr., Arg.

CATOLICISMO Y PERONISMO: LA ZONA GRIS

Por Miranda Lida *

A mediados de 1954 no había nada capaz de predecir la tormenta que no tardaría en avecinarse entre el catolicismo y el peronismo. El 31 de mayo tuvo lugar un pintoresco desfile en honor a Pío X, que circuló desde el cruce de Avenida de Mayo y 9 de Julio —sitio habitual de las manifestaciones peronistas— hasta Plaza de Mayo, con gran número de curiosos y de público, y *sin generar el menor roce con el gobierno*. Lo mismo cabe decir de la celebración del Corpus de 1954: como todos los años, la Municipalidad colaboró en la preparación del acto, prestó los altoparlantes y permitió que se colgaran en los postes del alumbrado público gallardetes con las banderas nacionales y pontificias. Se sugiere de este modo que es necesario dejar a un lado las interpretaciones deterministas en la relación entre catolicismo y peronismo —sin duda, las más—, a fin de proponer una lectura que evite contrastes agudos entre los dos polos¹. Ingresemos, pues, en la zona gris.

En los años peronistas, de todas maneras, no puede decirse que al catolicismo le haya ido bien: tras haber alcanzado gran protagonismo en los años treinta, comenzó a notar cómo su buena estrella se fue apagando progresivamente. No porque Perón haya tenido la intención premeditada de ponerle trabas a la Iglesia, o de colisionar con ella. Sin embargo, no pudo evitar que sus efectos se hicieran sentir, a tal punto que llevaría a alterar el tono de las movilizaciones católicas tal como hasta entonces se las conocía: se hizo necesario dejar a un lado la reverencia y la solemnidad habituales en las procesiones religiosas. Por contraste con tal aspecto ritual, el 17 de octubre encontró a las multitudes en pleno júbilo con sus pies en la fuente de Plaza de Mayo, tal como las retrató una célebre foto. El peronismo se nutrió de un espíritu carnavalesco, difícil de conciliar con la rigidez de las fiestas católicas más tradicionales. Las banderas y las consignas coreadas por las multitudes —ya no en el latín de la década de 1930, sino en un español a veces demasiado tosco— se volvieron contagiosas.

Pero no quiere decir que el catolicismo haya quedado estancado durante los años peronistas. Más bien, se vio sobrepasado por la enorme capacidad que demostró Perón para movilizar a las masas. A la luz del peronismo, cualquier esfuerzo realizado por los católicos parecía poca cosa. Lo cierto es que fueron muchos, sin embargo, tales esfuerzos. A mediados de los años cuarenta, por ejemplo, la Iglesia incorporó a la acción pastoral técnicas modernas que procuraban llamar la atención de la gente. Ya sea la utilización de una flota de camiones con acoplado que, debidamente acondicionados, hicieron las veces de librería, iglesia y sala de cine ambulantes (lanzada en 1949 e impulsada por los sacerdotes del Verbo Divino, la empresa se llamaba “Ven y ve” y se dispuso a ir de pueblo en pueblo por todo el país); o como la organización de novedosos desfiles de carrozas, donde cada asociación parroquial se hacía cargo de su decoración —no eran muy diferentes a los que se usarían en las fiestas peronistas o en los festejos del día de la primavera—.

Asimismo, y en un afán por mostrarse tan enérgico —casi— como el propio Perón, el arzobispo Copello lanzó en 1946 su plan a diez años —era mucho más que un plan quinquenal— para llevar a cabo misiones religiosas en Buenos Aires, de tal modo que la Iglesia pudiera ofrecer una imagen de eficiencia en la administración eclesiástica. Un muy vago aire de modernidad se colaba en la Iglesia. No obstante, a pesar del esfuerzo realizado, a la larga la Iglesia quedaría a la zaga. En los años peronistas, prevaleció una sensación de estancamiento que, si bien no se concedía del todo con la realidad, bastaba para hacer que el impacto del peronismo pareciera aún más contundente.

Basta ver lo que ocurre con la presencia de los católicos en

las calles para advertirlo. Sólo allí donde el catolicismo supo adaptarse a las nuevas formas de hacer política que el peronismo trajo consigo, lograría llamar la atención. El ejemplo más elocuente es el de la Juventud Obrera Católica (JOC), que alcanzó una visibilidad imposible de ignorar. En agosto de 1946, la revista *Qué* registró con detalle el éxito de la movilización de la JOC, en plena campaña por la legalización de la enseñanza religiosa, y en el marco del Congreso de la Juventud organizado por los jóvenes de la Acción Católica. Mientras, el diario católico *El Pueblo* debió aclarar que no había habido —como se dijo en sectores vinculados al gobierno— ninguna intención de boicotear los festejos oficiales del 17 de agosto, efeméride clave en la liturgia peronista, puesto que la reunión de los jóvenes católicos había coincidido con esa fecha².

En rigor de verdad, no hubo tal boicot; no hubo tampoco ningún roce por la utilización del espacio público o el aprovechamiento de las fechas clave del calendario, sea político o religioso. De hecho, el propio Perón se hizo presente en el acto de clausura del congreso de los jóvenes católicos el 18 de agosto. Se habló de una presencia de 40.000 personas en el Congreso de la Juventud, con actos en el Luna Park y movilizaciones en las calles céntricas en las que los jóvenes marchaban y cantaban desenfadadamente. Perón se presentó ante un público compuesto por varones jóvenes ante el cual hizo un gesto de complicidad que fue objeto de una ovación largamente celebrada. Tan sólo les guiñó el ojo dándoles su aprobación. El saldo fue una reacción embriagadora de los jóvenes que se apropiaron del reclamo católico en pos de la enseñanza religiosa y lo convirtieron en una poderosa consigna popular: “el pueblo quiere una cosa / enseñanza religiosa”³. Así, Perón se convirtió en la estrella más aclamada durante el Congreso de la Juventud católica. El acto católico terminó peronizándose gracias a la presencia del presidente y todo el magnetismo del que era capaz. El vínculo entre catolicismo y el peronismo parecía más sólido que nunca.

Pero no sólo se estaba peronizando aquel acto, sino todas las formas bajo las que el catolicismo se presentaba en la esfera pública. Donde mejor se ve esto es en las maneras adoptadas por la JOC para hacerse visible en las calles: sus consignas, lenguajes y rituales se parecerían más a los del peronismo, que a los tradicionales de la propia Iglesia. Lo que más llamaba la atención en torno a la JOC —una asociación fuertemente masculina— era que utilizaba consignas en las que se ponía de relieve la “virilidad” de quienes allí participaban, en contraste con el fuerte protagonismo femenino en el catolicismo de los años treinta. Se escuchaban consignas pegadizas: “¡Por Cristo me rompo todo!”; “La JOC cual llama / se desparrama / con una fuerza fenomenal / Qué macanudo / ya no lo dudo / la JOC la patria conquistará”. Era éste un *nuevo lenguaje* para el catolicismo —así lo calificó el semanario *Qué*—, más parecido al de la marcha peronista, o al de la cancha de fútbol, que al de los muy piadosos himnos sagrados de los años treinta⁴. La solemnidad de antaño quedó atrás, y esto era algo completamente nuevo. Entró en boga un estilo más desenfadado, en muchos sentidos más masculino, muy parecido por cierto al de los “descamisados”.

Este mismo estilo se advierte también en el Congreso Mariano de octubre de 1946, cuando los jóvenes salieron a la calle cantando consignas desordenadas que invocaban a María. No había altoparlantes; no había quien pautara los cantos; no hubo comisarios de filas que aseguraran el orden. Fue, según lo retrató *Qué*, “una verdadera hazaña”⁵ por el modo en que los hombres se apropiaban de la calle en una movilización. Pero fue, también, una fiesta peronista, aunque sólo fuera por la fecha que habían escogido: se hallaban en las vísperas del 17 de octubre. En esos días se respiraba un clima de fiesta que hacía que el catolicismo lograra sumar más gente a sus filas. Sin proponerse-

lo, el Congreso Mariano preparó el ambiente para los festejos peronistas del día siguiente.

El catolicismo —en especial sus grupos juveniles— se dejó emparar por el nuevo estilo político que el peronismo había traído consigo en sus primeros años, sin duda los más febriles. Y aquí la enseñanza religiosa se volvió una consigna pegadiza, no muy diferente de otras. Una vez transformada en cantito popular, la cuestión no se reduce —como se dijo en la época y se repitió mucho después— a una pura concesión que hizo Perón a la Iglesia, en retribución por la pastoral que ésta emitió pocos días antes de las elecciones del 24 de febrero de 1946, donde se pronunciaba tácitamente por Perón. De hecho, este tipo de pastorales tenía una larga tradición en la Iglesia argentina. Perón no ganó las elecciones gracias a la mera intervención de la Iglesia, que parece haber estado bien lejos de ser decisiva. Relativizaremos el argumento que pone énfasis en una oscura connivencia entre la Iglesia y el poder. Que la enseñanza religiosa no fue en 1947 el mero fruto de una conspiración urdida en bambalinas se constata a través de la presencia que tuvo en las movilizaciones de la juventud católica de esos años, donde se la incorporó como consigna y bandera. Al darle su reconocimiento legal, Perón estaba tratando de atraer para sí a los jóvenes de la Acción Católica: fue con ellos con quien Perón intentó congraciarse, antes que con el cardenal Copello. La legalización de la enseñanza religiosa es producto de la política de masas.

Puede también ser incluida en el mismo universo de sentido en el que se inscribe el proceso de “democratización del bienestar”. En neto contraste con la enseñanza tradicional, enciclopedista, y juzgada elitista, la enseñanza religiosa se colocaba por el contrario al alcance de todos. Podía contrastarse la enseñanza laica y oligárquica del pasado con la popular y católica que el peronismo quería ofrecerles a los ciudadanos de la “Nueva Argentina”. Llevaba implícita una caricaturización abusiva que oponía un oscuro pasado donde las oportunidades se abrían a sólo unos pocos, en contraste con un futuro dorado en el que todos tendrían acceso a todos los beneficios posibles, contraste que era habitual en la propaganda del régimen.

Y como solía ocurrir con las medidas más aplaudidas del gobierno, se la celebró plebiscitariamente. La ley de 1947 no fue una decisión que se tomó a espaldas de la gente sino que, muy el contrario, se nutrió del calor de la calle, y en este sentido era “democrática”: se hacía en nombre del pueblo. Una de las consignas que se cantó en la Plaza del Congreso mientras se votaba la ley fue “Las escuelas son del pueblo / y el pueblo quiere a Dios”⁶. No fue una decisión de carácter republicano: el Congreso jugó un papel insignificante en tanto que instancia deliberativa. La ley no se resolvió en medio de un gran debate de ideas en el Parlamento, pero sí gracias a una gran *mise en scène* en las calles: neta expresión de la democracia de masas.

El “triumfo” de 1947 dejó como saldo un catolicismo satisfecho pero, al mismo tiempo, expuesto a dejarse llevar por el estilo peronista. De carácter pendenciero, festivo y carnavalesco, empapó —sin querer— al catolicismo. Y a poco de andar, la liturgia católica se volvió subsidiaria de la peronista, según se verifica por el reiterado solapamiento en las fechas en las que en esos años se desplegó en las calles la movilización católica. Que

a cualquier acto católico le siguiera a los pocos días otro peronista cinco veces mayor se volvió una constante, y poco ayudó para que el catolicismo remontara vuelo propio.

Veamos los hechos. Ya dijimos que el Congreso Mariano de 1946 se celebró en vísperas de un 17 de octubre; asimismo, la campaña emprendida por la Acción Católica contra la Escuela Científica Basilio en 1950 tuvo lugar en las vísperas de otro 17 de octubre y sirvió más como antesala de la fiesta peronista que para darle bríos al movimiento católico; el Congreso Eucarístico Nacional que se celebró en Rosario poco después del 17 de octubre de 1950 contó con la presencia de un Perón largamente ovacionado por el público, y tuvo más de fiesta peronista que de fiesta religiosa; la celebración de Corpus Christi solía coincidir todos los años con la fiesta cívica del 25 de Mayo, que era recurrentemente transformada en una fiesta peronista; algo parecido solía ocurrir con la misa que organizaban los Círculos de Obreros para el 1 de mayo, que quedaba opacada por las fiestas oficiales del día del trabajador; a su vez, la celebración en Buenos Aires del II Congreso Eucarístico Arquidiocesano en octubre de 1952 resultó casi inadvertida por coincidir con el 17 de octubre; y algo parecido ocurrió con la celebración del Día del Pontífice en los primeros días de julio de 1953, opacado por el impresionante desfile militar del día 9, con despliegue de aviación...

¿Y qué decir de lo que ocurría cada vez que Perón asistía a un acto religioso, desviando la atención del público hacia su sola figura? En agosto de 1948 se celebraba, como era habitual, la fiesta de Santa Rosa de Lima, patrona de la independencia de América. Perón la proclamó “patrona de la independencia económica”⁷. La metamorfosis de la tradicional fiesta religiosa en fiesta peronista no fue inocente: se trasladó la fiesta de las calles lindantes de la basílica homónima, situada en Belgrano y Pasco, a la Avenida de Mayo y 9 de Julio, donde se instaló una escenografía efímera con un altar improvisado. Allí se desplegó la misa, el desfile correspondiente y se escuchó la palabra de Perón, ovacionado por la multitud. La estrella fue Perón y cualquier otra figura quedó opacada. Incluso la imagen sagrada.

En este sentido, lo más triste fue sin duda lo que le ocurrió al cardenal Copello: en 1952 se le prepararon incontables homenajes porque cumplía sus bodas sacerdotales que —se esperaba— colocarían al arzobispo en las tapas de los diarios y revistas. Pero Copello tuvo tanta mala suerte que sus festejos quedaron deslucidos por el fallecimiento de Eva Perón que contó con los funerales más grandes de los que se tiene memoria. Y lo mismo le ocurrió con su onomástico celebrado el 26 de julio de 1953, justo un año después del fallecimiento de Evita.

En pocas palabras, las movilizaciones católicas tendieron a quedar opacadas por la grandiosidad de la liturgia política, jalónada tanto por fiestas cívicas como por otras estrechamente vinculadas al régimen (en especial, el 9 de julio y el 17 de agosto, así como también el 17 de octubre y más tarde el 26 de julio). Los actos solían incluir interminables desfiles de tropas de los diferentes cuerpos del ejército. Uno de los escenarios favoritos era la Avenida 9 de Julio, que gozaba de una perspectiva y un emplazamiento privilegiados.

Allí se desarrollaba uno de los desfiles tradicionales que Perón incluyó en la liturgia regular del régimen: la marcha de los



Esta página de *Justa, Libre y Soberana*, publicación oficial con motivo del aniversario del Libertador Gral. San Martín, da cuenta de la importancia de la sanción de la ley de educación religiosa de 1947. Bs. As., 1950.

reservistas, que solía celebrarse con un gran desfile masculino que sacaba a la calle grandes multitudes. Desde fines de los años treinta, el día del reservista se festejaba a mediados de diciembre, pero con el peronismo se lo incorporó a las fiestas oficiales. En 1950 formó parte del ciclo de desfiles de agosto, cuando se celebró el centenario de San Martín; a partir de 1951 se incorporó alternativamente a los festejos patrios, ya sea del 25 de Mayo o del 9 de Julio. En estas fechas, los ex conscriptos —se trataba de una convocatoria de la que participaba la sociedad civil y no la tropa— asistían con su birrete del servicio militar. En la prensa se publicaban croquis que indicaban donde debía ubicarse cada uno, según el batallón en el que hubiera prestado servicios. Era un desfile masculino, de aspecto marcial; a partir de 1951, sin embargo, se dio acompañado por una columna femenina de las uniformadas enfermeras de la Fundación Eva Perón. En 1954, se completó con la presencia de tanques y aviones que hicieron exhibiciones ante una multitud que los aplaudía, mientras Juan Manuel Fangio y Juan Gálvez hacían lucir sus autos de carrera⁸.

Frente a tales espectáculos, el catolicismo tenía poco que ofrecer. Había logrado sorprender a Buenos Aires en 1934 cuando organizó el Congreso Eucarístico Internacional, pero veinte años después esa fórmula se había vuelto una suerte de *déjà vu*. Esto no auguraba, sin embargo, ninguna ruptura con Perón. De hecho, la Iglesia ofrecía a primera vista la impresión de hallarse en buenos términos con el gobierno y no había síntomas que prefiguraran la tormenta que no tardaría en estallar. De hecho, el cardenal Copello asistió puntualmente a todos los actos oficiales. Y Perón, por su parte, no se privaba de aparecer en las fiestas católicas. La aparición de los más prestigiosos monseñores en los actos oficiales jugó un papel central en el modo en que la gente percibía a las autoridades eclesiásticas. Por todo ello, y por la gran circulación de autoridades eclesiásticas y políticas en infinidad de actos públicos, todavía en 1954 habría sido difícil predecir el desenlace fatal del conflicto que no tardaría en desatarse.

Problemas no faltaron de todas formas, quizás por ese solapamiento de la movilización católica y la peronista. El catolicismo —en general todavía atado a la ritualidad de los años treinta— no parecía contar con la energía suficiente para sacar sus huestes a la calle, ante la fuerza arrolladora del peronismo. La mejor prueba de ello fue el acto que el 15 de noviembre de 1953 se celebró, con la asistencia conjunta de Perón y de Copello, para coronar en Plaza de Mayo la imagen de la Virgen de Luján: fue más un acto oficial que una fiesta religiosa de auténtico fervor popular⁹. Incluso la prensa católica, que había alcanzado cierto dinamismo en los años treinta, se fue estancando, año tras año. En el cuadro general que ofrecía la Iglesia prevalecía una relativa sensación de estancamiento. Por contraste, el peronismo —en especial, hasta 1952— gozó de una vitalidad en muchos sentidos envidiable.

Pero en 1954 la rueda pareció detenerse. Ya se lo pudo advertir en ocasión del 9 de julio: el desfile de aviación, muy común en años anteriores, fue suspendido, mientras la fiesta cívica se desarrollaba en la Plaza de Mayo, con menor capacidad que la Avenida 9 de Julio, su enclave tradicional. El diario católico *El Pueblo* se atrevió a señalar la “menor grandiosidad” del acto¹⁰. Fue quizás por ello que, unos meses después, en ocasión del 17 de octubre, Perón debió apelar a nuevos métodos —no muy ortodoxos, por cierto— para azuzar el entusiasmo de la concurrencia. En lugar de hacer despliegues cada vez más imponentes, se limitó a fustigar a la oposición, sea ésta comunista o católico. El procedimiento no tardaría en mostrarse contraproducente.

Los esfuerzos en pos de una peronización casi absoluta de la sociedad se topaban con una sociedad cada día más resistente. Las transformaciones sociales ocurridas en los años peronistas tienen aquí mucho que ver. La ampliación de las clases medias permitió que más y más gente accediera a un abanico creciente

de posibilidades de consumo. Una sociedad que se asentaba y se aburguesaba —la familia obrera copiaba, de hecho, los modelos tradicionales de la clase media— resultaría mucho más difícil de movilizar políticamente.

Este divorcio entre una sociedad en transformación, y una ritualidad cívica y religiosa atada a formas que se volvían vacuas, es una de las claves que proponemos para entender qué estaba ocurriendo con el peronismo y el catolicismo. Las novedades más interesantes en el seno del catolicismo de los primeros cincuenta no ocurrieron en las grandes celebraciones del catolicismo de masas, sino más bien a puertas cerradas, en los ámbitos privados del hogar. Se abandonaba un luto al estilo de “la casa de Bernarda Alba”; se dejaban atrás las mantillas en el culto; se simplificaban los ritos de pasaje, incluida la primera comunión, para la cual ahora se recomendaba vestir con sencillez, en lugar del acartonado ritual de antaño. Una revista como *Para Ti*, que no puede ser reprochada de falta de ortodoxia, llamó la atención sobre estos y otros cambios que se estaban dando en la sensibilidad¹¹.

Y a estos cambios se sumaron otros, tales como las novedades en materia de consumo que simplificarían las tareas hogareñas, de tal manera que la escasez de personal doméstico podía ser salvada con heladeras, planchas eléctricas, lavarropas y otros electrodomésticos. La intensidad de los cambios en el consumo de las clases medias impactó tanto que incluso al propio diario católico *El Pueblo* le llegó la hora de modernizarse. A tal punto lo hizo, que dejó atrás los aires de cruzada del integrismo católico tradicional que habían permeado sus páginas en años precedentes. A partir de 1954, se preparó un completo relanzamiento del periódico. El diario duplicó sus páginas, incorporó abundantemente el uso de la fotografía e introdujo secciones fijas de crucigramas, historietas, folletín, una columna de modas y otra de cocina para la mujer, y una sección de espectáculos lo más aséptica posible, sin afán moralizador. Apareció incluso una nutrida sección de deportes que los días lunes solía ser presentada en un suplemento especial. El periódico volvía a sus mejores épocas, lo cual se vio reflejado entre sus anunciantes que ofrecían los más populares bienes de consumo.

Y con ello, todo el lenguaje en clave de cruzada tendió a desaparecer de sus páginas, incluso antes de que estallara la tormenta con Perón, cuando todavía gobernaba la Iglesia Pío XII y nadie tenía en mente la idea de un Concilio que apuntara a renovar la Iglesia universal. En cualquier caso, no fue consecuencia de los debates intelectuales en boga ya por los años cincuenta; ni siquiera se debió a un lejano influjo de la *nouvelle théologie*. No fue una renovación en las ideas la que llevó a *El Pueblo* a abandonar el tono intransigente que había sabido tener, sino el descubrimiento de que tal tono ya no le proporcionaba ningún beneficio reductible. Y esto era lo que contaba.

Tanto es así que se modificó su modo de participar en campañas que involucraban a los valores católicos más tradicionales. Podemos por ejemplo considerar su actitud ante la visita del predicador protestante Thomas Hicks que en 1954 atrajo multitudes ofreciendo curaciones milagrosas. *El Pueblo* reaccionó con contundencia, pero no lo hizo con espíritu de cruzada; procuró guardar la moderación, aún sin ocultar su desdén por los milagros de Hicks. En lugar de denunciar la “penetración protestante”, que atentaría contra los más sólidos pilares de la cristiandad, *El Pueblo* declaró que el verdadero problema en torno a Hicks era la falta de rigor científico en sus curaciones y se encargó de reclamar la intervención del Estado en el asunto¹². Incluso hizo encuestas entre las distintas confesiones protestantes, con el propósito de dejar en claro que no había ninguna intención de entablar una cruzada en nombre de la religión católica¹³. Procuraba demostrar que era un periódico como cualquier otro, que podía hacer campaña sin espíritu de cruzada y tratar un tema tan delicado como el de Hicks sin recaer en una virulenta persecución religiosa.

Nada de esto hubiera sido imaginable en los años treinta y cuarenta. Pero no simplemente había cambiado la política editorial del diario, sino que también cambió la sociedad a la que le iba destinado: se había vuelto más aburguesada, menos militante. Y a la vez, menos peronista, y quizás también menos católica (en su sentido integrista, al menos).

Claro que esos cambios no fueron bien recibidos por los militantes —de cualquier bandera o color—. Salvando las distancias, la situación recuerda el malestar que provocó en la Unión Soviética la implementación de la Nueva Política Económica en 1921, tras la cruda experiencia del “comunismo de guerra”: para los más revolucionarios, representó una completa traición a los principios. Algo similar habría ocurrido con el peronismo, desde el momento en que este se encargó de generalizar los estereotipos y las aspiraciones de las clases medias a los más vastos sectores sociales. Todo ello llevaba a la creciente desmovilización e indiferencia políticas. Se podría argüir que la sociedad se fue volviendo crecientemente indiferente hacia el peronismo, sus rituales y su propaganda monocrorde. Pero no se había vuelto todavía masivamente antiperonista.

El peronismo, que se había fundado sobre una intensa movilización de masas, llevó a que esas mismas masas encontraran cada vez menos incentivos para movilizarse. Si el entusiasmo hubiera sido más elocuente por parte de sus seguidores; si la liturgia peronista hubiera logrado conservar algo de la adhesión sincera de sus primeros tiempos cuando el 17 de octubre era vivido festivamente, y no como un ritual o una escenografía que tenía algo de artificial, Perón no habría tenido —quizás— tanta necesidad de extremar su manera de hacer política. Tanto es así que para 1954 tuvo la necesidad de gestos violentos para sacudir a sus huéspedes de la indolencia en la que habían parecido caer.

Y por su parte, también los católicos más “duros” consideraban que los cambios ocurridos habían traído un mayor hedonismo e indiferencia. Las actitudes del hombre y la mujer corrientes llevaron a que algunos jóvenes católicos radicalizados, desencantados con el aburguesamiento de las mayorías, tomaran medidas drásticas. Baste como ejemplo su actitud ante algunos estrenos cinematográficos juzgados indecentes. Desde hacía décadas las películas eran objeto de la tutela moral por parte de la Iglesia. A partir de 1931, esta tarea la desempeñó la Acción Católica, fiscalizando no sólo los films sino además la publicidad y los números vivos. Ahora bien, en los tempranos años cincuenta cambiaron las formas y los lenguajes con que se desarrollaron estas campañas moralizadoras. No se trataba sólo de emitir un juicio y publicarlo en la prensa, sino de ir al choque y provocar incidentes violentos en las salas de cine que estrenaban películas juzgadas inadmisibles¹⁴. Era una manera de intentar sacudir al católico común y corriente de su aburguesamiento.

Por ello, cuando Perón azuzó al catolicismo, la situación no pudo ser domeñada siquiera por el arzobispo. Los gestos conciliadores de Copello para con el gobierno no fueron bien recibidos por unos militantes católicos que habían llegado a hacer suya esa cultura política que —a imagen y semejanza de los peronistas más exaltados— era capaz de admitir la violencia. Católicos militantes juzgaron que Copello era demasiado condescendiente con Perón, casi un traidor. En cambio, el diario *El Pueblo* fue motivo de elogios por parte de los católicos más aguerridos por haberse atrevido a publicar en primera plana la foto de la multitud que asistió a Plaza de Mayo para la celebración del 8 de diciembre de 1954, lo cual fue interpretado como toda una provocación. “Se la había jugado”, pensó Florencio Arnaudo y comenzó a descubrirse a sí mismo como un ardiente antiperonista, dispuesto incluso a tomar las armas¹⁵. Esta actitud se parece a las propias bravuconadas del peronismo. El duelo que acababa de comenzar entre el catolicismo y el peronismo obligó a los que hasta ahora habían preferido guardar una actitud indiferente a tomar posición. La batalla se inició a través de



Cardenal Santiago Copello junto al presidente Juan D. Perón.

panfletos que se mofaban de Perón en lenguajes de lo más popular —coplas, tonadas, canciones, tangos y consignas— que reflejaban hasta qué punto el humor prevaleciente en la sociedad había verificado un gran vuelco. La amenaza era a primera vista inocente, pero sirvió para romper el hielo.

Y continuó con la concurrencia a una modesta procesión de Corpus Christi que casi espontáneamente, y sin ninguna campaña publicitaria previa, se convirtió en el caldo de cultivo que llevaría a la caída de Perón. La prohibición oficial de realizar la procesión en la calle hizo, cual boomerang, que resultara mucho más significativa de lo que sin duda habría sido en circunstancias más “normales”. Pero no había ya nada que resultara normal en 1955. Cuando los ánimos están caldeados, hasta lo más nimio se satura de significación.

La espontaneidad con la que se puso en marcha el Corpus fue su nota más característica y también la más revulsiva para un régimen que, luego de años en el poder, había llegado a orquestar las más grandes movilizaciones sociales de la Argentina moderna. Sólo que en el vasto despliegue de la ritualidad peronista, plagada de gigantomanía, se había ya diluido la espontaneidad de los primeros tiempos. Contra esto precisamente se reaccionó en el Corpus de 1955.

El desenlace es bien conocido y no podemos aquí narrarlo una vez más. Tan sólo hemos procurado mostrar que no había nada necesario en el estallido del conflicto entre la Iglesia y el peronismo, y que en la relación entre ambos prevalecieron desde el inicio los grises, en lugar de contraposiciones tajantes, opciones excluyentes. Ni por definición, ni por esencia, ni siquiera por los respectivos intereses que defendían, la Iglesia y el peronismo estuvieron de antemano destinados a colisionar.

NOTAS

1. Al respecto, Miranda LIDA, “Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 27 (2005), pp. 139-148.
2. “Extraordinaria concurrencia”, *El Pueblo* (en adelante, EP), 17.8.1946, p. 3.
3. “Incontenible entusiasmo”, EP, 19.8.1946, p. 16.
4. “Esperanza y un nuevo lenguaje”, *Qué*, 22.8.1946, pp. 32-33.
5. “A la calle a gritar su fe”, *Qué*, 17.10.1946, pp. 32-33.
6. “Proporciones destacadas alcanzó el acto”, EP, 14.2.1947, p. 1.
7. “Solemnemente fue celebrado el Día de Acción de Gracias”, EP, 31.8.1948, p. 1.
8. “Emoción de patria en la jornada de ayer”, EP, 26.5.1954, p. 5.
9. “La coronación de una histórica imagen de la Virgen”, EP, 20.8.1953, p. 5.
10. “Con gran júbilo”, EP, 10.7.1954, p. 1.
11. Natalia Arce, “Ni santos ni pecadores. Notas sobre catolicismo y vida cotidiana. Buenos Aires, décadas del cuarenta y cincuenta”, en M. Lida y D. Mauro (comps.) *Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina (1900-1950)*, Prohistoria, 2009.
12. “El curanderismo en Buenos Aires”, EP, 24.5.1954, p. 3; “Mr. Hicks se niega a recibir al cronista de *El Pueblo*”, EP, 25.5.1954, p. 3.
13. “Tampoco los adventistas están con Mister Hicks”, EP, 6 de junio de 1954, p. 3.
14. Un ejemplo en “En torno a recientes desórdenes aclara la ACA”, EP, 26.5.1952, p. 1.
15. Florencio Arnaudo, *El año en que quemaron las iglesias*, Buenos Aires, 1995, pp. 24-25.

* **Miranda Lida es Doctora en Hist. (Di Tella, 2003). Investigadora Adjunta en el CONICET, docente en las universidades UCA y Torcuato Di Tella y directora del Programa de Historia de la Iglesia en la Argentina Contemporánea del Dpto. de Historia de la UCA.**